

Esta necesidad de formar clérigos á este objeto, siempre se ha conocido ya desde un principio: apenas amaneció la paz de la Iglesia en el tiempo de Constantino, cuando luego se pensó en ello, y se trazó la manera de realizar tan laudable y utilísimo pensamiento. Muy imperfecto anduvo este negocio hasta que el grande San Agustín, con su profundo saber y alta penetración, fundó aquellas escuelas episcopales, que adoptaron después los Obispos y Concilios que se celebraron sucesivamente en los siglos siguientes.

Quienes más se distinguieron á favor de estas escuelas ó Seminarios en el mundo católico fueron los españoles. Los Padres del concilio Toledano II en el siglo IV, y los del concilio también Toledano IV del siglo VII, lo mandaron ejecutar. Y este laudable modo de sentir respecto de los Seminarios estaba tan connaturalizado con los españoles, que en el concilio de Trento ellos fueron los que más influyeron en el ánimo de aquellos Padres que formaban tan sabia asamblea, para que de común acuerdo se determinara y mandara erigirlos en todas las diócesis del mundo, como consta de la ses. XXIII, cap. 18, *de Reformatione*; y esta determinación fué tan bien recibida de los católicos, que todos la aplaudieron con entusiasmo. Y aunque los PP. del Tridentino no hubiesen hecho otra cosa que sancionar la idea de los Seminarios Conciliares, bastaba ésta para inmortalizarlos.

Tan grabada estaba en España la institución de los Seminarios, que aun los Reyes Católicos, como Felipe II, levantaron suntuosos edificios para tan cristiano fin, pues, no otro fué el motivo de fundar el Colegio y Seminario del Real Monasterio del Escorial, maravilla del mundo artístico y monumento imperecedero de la fe de nuestros monarcas españoles.

ARTÍCULO II

Tres cartas del teólogo Hethinger

CARTA PRIMERA

LA PREPARACIÓN

Necesidad de iniciar la preparación desde los primeros años.—Lo que la Iglesia exige de los seminarios como planteles de futuros sacerdotes.—Plan de estudios.—Deficiencias de la moderna pedagogía en este particular y sus consecuencias.—Bases fundamentales en el proyecto de un verdadero plan de estudios.

Una vez que has conocido tu vocación al sacerdocio, sólo te resta, mi querido Timoteo, prepararte convenientemente á ella é iniciar esta preparación desde ahora, para llegar á ser un piadoso y sabio sacerdote. La imagen según la cual el ministro de Jesucristo debe formarse la diseñó el Apóstol en breves pero significativas frases (1). Al describir las cualidades que deben adornar al obispo, presentó un espejo en el que todo sacerdote debe mirarse; á cada uno en particular incumbe ahora mirarse en este espejo y ver, como dice San Jerónimo, «si debe entristecerse al observar su deformidad ó alegrarse al contemplar su belleza». (2). Debe ser, pues, el sacerdote, según este modelo, irreprochable, sobrio, casto, prudente, amante de la rectitud, moderado y capaz para la enseñanza; no dado al vino, ni violento, ni avaro, ni neófito, y gozar además de buena fama entre los extraños. Aquel, pues, solamente debe acercarse al altar cuyo espíritu se halle informado por estas virtudes, y en cuyo corazón se hayan arraigado fuertemente mediante un largo ejercicio; aquel en cuyo ánimo no haya penetrado todavía el mortífero espíritu mundano,

(1) Tit. I, 5 y sgs. Tim. 3, 2 y sgs.—(2) Hieron., Ep. LXIX, Ad Oceanum c. 8: «ut vel dolere ad deformitatem, vel gaudere ad pulchritudinem possint».

que cual genio maléfico influye letalmente en el alma, la envenena y la mata. Ahora bien, si la juventud eclesiástica no recibe una recta y severa educación, fácilmente se inclinará á los pasatiempos y vanidades del mundo, y por lo mismo, si desde los primeros años no se la procura inculcar el espíritu de modestia y religiosidad y el amor á la vida espiritual antes que los perversos instintos mundanos tomen posesión de su tierno corazón, nunca podrán los sacerdotes, sin un auxilio muy extraordinario de la gracia perseverar fieles en la disciplina y piedad eclesiásticas (1). Este fué uno de los motivos principales que tuvo el sagrado Concilio de Trento para ordenar, que en todas las iglesias catedrales y metropolitanas se establecieran colegios adonde los jóvenes que por sus buenas disposiciones sintieran inclinación al sacerdocio, fueran acogidos y recibieran al propio tiempo que una educación científica, una verdadera formación religiosa (2).

Esta necesidad de iniciar tempranamente la educación de la juventud, la reconocieron ya los griegos al emplear para su expresión la palabra *παιδεία* (3), que por sí misma indica que esta educación debe comenzar con la infancia, y en realidad nunca podrá comenzar demasiado pronto. Muy bien lo reconoció la Iglesia y por eso quiere tomar bajo su protección lo más temprano posible á aquellos que desean penetrar en el santuario. Esos planteles espirituales que ella creó, están destinados á cultivar y desarrollar cuidadosamente la flor de los más nobles y puros sentimientos que en el alma joven se encierran. Educación científica y formación del carácter deben marchar al unísono y preparar así en medio del mundo seductor un lugar de paz, de refugio y de sagrada ciencia, una patria y

(1) Conc. Trid. Sess. XXIII, c. 18 de *reform.*—(2) 1. c.

(3) *παιδεία* (de *παιδεύω*): toda instrucción y disciplina de la juventud que tiene por objeto la ilustración del entendimiento y la educación de las costumbres empleando á este fin preceptos, admoniciones y correcciones. Entre los griegos indica también el ejercicio corporal (gimnasia) y, en cierto sentido la higiene.

un hogar común para todos aquellos cuya alma ya en los albores de la vida la divina gracia ilumina, y que por lo mismo, despreciando al mundo y sus falaces placeres, corren á ofrecer su alma á Dios y crecer allí, como Samuel, á la sombra del santuario.

Paso ahora á tratar una cuestión de trascendental importancia, sobre todo para el día en que la Iglesia recobre su libertad de acción, en el terreno de la educación. ¿Qué plan de enseñanza debe regir en los establecimientos destinados á la instrucción y educación de los Levitas de la Iglesia? Y al proponer esta cuestión, claro es que hablo de un plan concreto, fijo y que responda en todo al fin de estos establecimientos de enseñanza: mas del plan únicamente no se debe esperar la salvación; el espíritu es el que vivifica, y sin éste, el plan mejor concebido y ordenado no producirá efecto alguno; y por el contrario, el espíritu solamente y sin plan alguno, puede hacer cosas muy buenas y hasta excelentes. El plan es solamente la forma, pero el contenido le viene de otra parte; es el cuerpo de la escuela, pero el espíritu vital que le penetra, no procede de él. Mas ya que el plan no es por sí mismo el único elemento, no debe al menos ser un obstáculo al resultado armónico que de la escuela debe esperarse. Precisamente la gran ventaja de la libertad en la enseñanza, ventaja que nunca podrá ser suficientemente apreciada, consistiría en que fueran sacerdotes los que ordenaran la educación y enseñanza de futuros sacerdotes, y no extraños ó profanos. «Con frecuencia me ha ocurrido pensar», dice un experimentado pedagogo alemán de nuestros tiempos, «que en general los jardineros, cocineros y cocheros de grandes señores gozan de mayor libertad que los profesores y maestros, á quienes sólo muy raras veces se les permite tratar las cosas tal como ellos creen que deberían ser tratadas.» La cantidad enorme de cursos, programas, decretos, planes etc., que respecto á la enseñanza pública han aparecido, indican bien claro que el principio capital, el verdade-

ro hilo conductor se ha perdido, y que pasamos lastimosamente el tiempo en continuos experimentos. Al atribuir demasiada importancia á la corriente filantrópica iniciada á fines del siglo XVIII, se ha querido proponer á los institutos como fin principal, dar á la juventud una especie de *πανσοφία*, un quodlibeto de todas las materias posibles: se han publicado diversos planes, cuyo mayor número arbitrariamente confeccionado y sin un punto céntrico de unión, no sólo no ha fomentado la instrucción en su tendencia armónica y final sino que ha llegado á hacerla del todo imposible. Por este procedimiento, es evidente que también se ha descuidado y casi hecho imposible el segundo fin, no menos importante, del instituto ó sea la educación. ¿Cuál puede ser, en efecto, la formación de un joven que desde la edad de diez hasta los veinte años, debe estudiar latín, griego, francés, matemáticas, historia, literatura, física, filosofía y además algo de hebreo, inglés y música ó dibujo? Ante esta acumulación de materias, ¿cómo no ha de hacerse imposible todo influjo armónico, de los maestros, y cómo no ha de ocuparse cada cual con su asignatura tomando, por consiguiente, para sí la atención del discípulo, resultando al fin que éste pierde el amor al estudio al ver restringida su actividad libre y abandona el colegio, atrofiado completamente su espíritu? Esta confusión fundamental en materia de enseñanza es la que ha hecho soñar en una «cultura» general, y se ha introducido ya hasta en los pueblos más insignificantes, y so pretexto de una vasta y variada instrucción, sólo ha producido la inestabilidad y la superficialidad en los conocimientos así como en la conducta (1).

Nuestros establecimientos de enseñanza adolecen en general de dos defectos esenciales, de que se siguen graves consecuencias. En efecto no obedecen á un principio

(1) Nótese que el autor habla, en el texto, de la enseñanza laica alemana. — Por desgracia, casi todo se puede aplicar á los grandes planes de por España, cuyo conjunto podría servir para demostrar movimiento continuo hacia... muchas cosas.

de unidad ni tienen un plan propiamente dicho. Las opiniones sobre el objeto y el método de enseñanza que en los colegios debe seguirse, son con frecuencia diametralmente opuestas entre sí. Una opinión llega á hacerse fuerte y preponderante durante algunos años, domina un momento, para ceder pronto el lugar á otras opiniones completamente diferentes ú opuestas. De ahí el continuo cambio de programas y planes de estudios, lo mismo que el continuo «experimentar», y de ahí también las perpetuas innovaciones y reformas, gracias á las cuales toda tradición en la enseñanza se ha hecho ilusoria. Un profesor, por humilde que sea el concepto que de sí propio tenga, se formará un sistema á su capricho, vituperará lo legislado, y sólo con resistencia y contradicción seguirá á veces lo oficialmente prescrito.

Esto tiene por inmediato resultado el olvido y abandono del principal objeto y fin de la enseñanza, es decir, la educación moral, la formación de todo el hombre. Si hemos de creer á Herbat y á su escuela, «la instrucción es el todo, y con ella es dada la educación». La refutación de semejante absurdo puede verse ya en Quintiliano (1), y una triste experiencia lo refuta victoriosamente cada día. Donde no existe un plan armónicamente combinado la instrucción sola, por muy exquisita que parezca, no servirá más que para producir eruditos á la violeta. Muchos centros de enseñanza tienen sobre su conciencia el haber fomentado esta clase de erudición y preparado así prematuros «genios» que cual flores de invernadero al más débil viento se marchitan, de megalómanos y aspirantes á cosas grandes, que aborrecen el trabajo y sólo sueñan con extraordinarias hazañas sin hacer nunca nada de provecho. Una cultura extensa pero superficial es lo que les hace infelices para toda su vida. Esta educación á medias es la que produce esos caracteres impotentes para toda empresa enérgica y severa; la que alimenta esa armada de litera-

(1) Instit. orator. XXII, 1 y sgs.

tos, periodistas y desconocidos «ingenios» que no sólo son una plaga para los otros, sino que constituyen un verdadero peligro para la sociedad. Esa media formación es la que se expresa en frases que presumen de filosóficas, poéticas, políticas y estéticas, y que en realidad son palabras sin sentido, en frases sin sustancia, verbosidad que entretiene al oído y llena muchas páginas, pero que no suministra materia alguna al pensamiento, y que, hablada ó escrita, no dice absolutamente nada.

Precisamente el progreso de las ciencias en la hora presente exige la concentración en la formación de la juventud, y el que ésta sea guiada y consolidada en una noble simplicidad, sino se quiere que caiga en una vana y superficial erudición. Querer fijar la materia de enseñanza por el concepto de la utilidad, conduce al absurdo. Útil es, sin duda, el conocimiento de las antigüedades chinas, indias y egipcias lo mismo que las lenguas de estos pueblos, pero, como dice Goethe, esto serviría muy poco para nuestra propia y peculiar educación.

Ahora bien, antes de establecer un plan de enseñanza, debe ponerse en claro lo que la educación é instrucción significan, y lo que pueden realizar unidas en armonioso concierto. Que la educación no lo puede todo, á pesar de su capital importancia, es un principio universalmente admitido. Á cada maestro le acompañan, cooperando las unas y oponiéndose las otras, varias influencias y diversas tendencias, que no pueden impedirse en un establecimiento de enseñanza, por muy severa que sea su disciplina.

Dantón estudió en el aristocrático colegio de «Louis le Grand», de donde ciertamente no salió hecho aristócrata, y muchos corifeos de la moderna impiedad recibieron su educación en colegios religiosos. El fondo natural, las disposiciones intelectuales y morales del jóven, son el terreno sobre el cual la educación é instrucción trabajan para hacerlo fecundo, pero no lo crean sino que

necesariamente lo suponen. La educación desarrolla, pero no da aquello que sólo dar puede la naturaleza. Por eso la primera y trascendental cuestión que al pedagogo se propone, es saber qué es el hombre, y cual su común naturaleza intelectual y moral, la cual más tarde ha de manifestarse y exteriorizarse en tan diferentes individuos. El sistema de Rousseau, que tan pernicioso influjo en las escuelas y en los Estados ejerciera, está hoy generalmente reconocido como falso: la experiencia lo ha refutado suficientemente aunque el cristianismo no hubiese, mucho antes, enseñado lo contrario. El mismo Federico II de Prusia lo reconoció, cuando al escuchar las alabanzas que cierto profesor hacía de este sistema, le contestó: «Usted, mi querido profesor, no conoce bastante esta maldita raza á la que nosotros pertenecemos.»

Si el hombre no nace perfecto, tampoco nace del todo idiota ó como un monstruo, por lo que atañe á la parte moral, antes, como dice Santo Tomás, tiene de la naturaleza una voluntad inclinada al bien en general, aunque haya de luchar con diferentes obstáculos y con los gérmenes de las pasiones. Auxiliar al hombre en esta lucha para hacerle vencedor, he ahí el principal deber de la educación. Schopenhauer se atrevió á negar su influencia, pero esta no pasa de ser uno de tantos caprichos que con frecuencia encontramos en las obras de este filósofo.

La vida del hombre sobre la tierra es una continua lucha, y el principal oficio del maestro es apoyarle en ella, descubrirle los gérmenes maléficos, sostenerle en la campaña emprendida para su destrucción y fortalecer en él, mediante la instrucción y el buen ejemplo, el espíritu del bien. Los santos no vienen al mundo como tales, y aunque el genio nazca como tal, degenerará seguramente sin una verdadera educación.

¿Qué medios debe emplear la educación para fomentar las buenas disposiciones en el joven, á fin de que la influencia de los malos instintos no las ahogue, y para for-

talecerlas, fertilizarlas y hacerlas formar un carácter inquebrantable? Los antiguos contestaron ya á esta pregunta con el conocido axioma: *Ex iteratis actibus oritur habitus*, y esto tiene aplicación lo mismo en lo bueno que en lo malo. Nadie como San Agustín experimentó la perniciosa influencia del mal hábito que atrofia todo buen sentimiento en el hombre y llega casi á privarle de su libertad; pero tampoco nadie como él patentizó las ventajas de la santa libertad, para la cual el pecar viene á ser moralmente imposible. La misma palabra «ética» indica que el bien obrar debe ser en el hombre una costumbre, por lo cual dijo con razón Plutarco que la virtud es una larga costumbre. De aquí que la verdadera educación es aquella que procura robustecer en el joven la natural inclinación hacia el bien, y hace así que este sentimiento se transforme en costumbre y en una segunda naturaleza.

Aquel que intente, pues, presentar un plan de educación para la juventud escolar, sobre todo para aquella que desea consagrarse al sacerdocio, debe procurar tener muy presentes aquellas palabras del Estagirita: *Ἐστὶν ἐν μὲν ἐν τῷ τὸν σκόπον κείσθαι καὶ τὸ τέλος τῶν πράξεων ἠρθῶς, ἐν δὲ τὰς πρὸς τὸ τέλος φερούσας πράξεις εὐρίσκειν* (1). Y esto es tanto más de observar, cuanto que las impresiones que el joven recibe durante el tiempo del colegio, ejercen una influencia poderosa en toda su vida intelectual futura.

CARTA SEGUNDA

EL SEMINARIO

La preparación al sacerdocio en los Padres de la Iglesia.—San Atanasio, San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Crisóstomo, San Agustín.—Verdadero aislamiento.—La formación en el seminario ley de la Iglesia.—La oración y meditación en el seminario.—El descuidar de la oración es causa del espíritu mundano.

Si alguna vez te ocurre recorrer las obras de los santos Padres, con el fin de completar tus estudios eclesiásticos

(1) Polit. VII, 13.

y deseando beber la ciencia teológica en su más pura fuente, no podrás menos de hacer una curiosa observación. Estos esforzados campeones de la fe contra el paganismo y judaísmo, estos enemigos irreconciliables de la herejía la perseguían sin tregua en todas las formas con que se proponía falsear la doctrina de Jesucristo, y se oponían á ella cual muro infranqueable debelándola con las armas de la ciencia; estos fogosos oradores de palabra poderosa y convincente; estos hombres de ingenio y penetración admirables y vastísima erudición, que sobre las ruinas del imperio romano crearon una civilización y una sociedad nuevas; esas figuras nobles cuya vida llena de virtudes proyecta sus luminosos rayos sobre la obscura noche de un mundo corrompido: esos hombres, en fin, poderosos en obras y palabras, ¿dónde encontraron su misteriosa fuerza, su virtud y todo su ser? En el espíritu del cristianismo, me dirás, y con razón. Mas ¿cuál fué la fuente donde bebieron este espíritu en toda su pureza hasta saciarse y penetrarse de él?

San Atanasio, San Basilio, San Gregorio de Nacianzo y otros muchos, nos dan á esta pregunta cabal respuesta. Entre las diferentes obras del gran Atanasio (296—373), patriarca de Alejandría, á quien la posteridad dió los títulos de Grande y Padre de la ortodoxia, y en las cuales con profundidad y admirable lucidez expuso los misterios de nuestra fe, hay una que ostenta un carácter particularísimo y distinto de las otras: me refiero á la «Vida y hechos de San Antonio Abad» (1). Al lado de aquel «gran padre del desierto» voló nuestro teólogo huyendo de la persecución del emperador arriano; allí, en el desierto y bajo la dirección del gran solitario; alejado del ruido del mundo y del tumulto de la populosa ciudad, adquirió aquella elevación de miras y aquel temple de alma acerada que hizo

(1) Los ataques contra la autenticidad y veracidad de esta obra, han sido victoriosamente refutados por Eichhorn (1886, y por J. Mayer (1886). Véase O. Bardenhewer, Patrologie, (Friburgo 1894) p. 238.

que en adelante no conociera ni miedo ni terror sino solamente el honor del divino «Logos». Allí en la más profunda soledad del desierto, árido y abrasado, brotaron las fuentes de agua pura donde estos hombres admirables bebieron su fuerza sobrenatural: el uno en el candor de la fe, el otro en la sabiduría y ciencia cristianas: aquel para invitar á sus discípulos al menosprecio del mundo, éste para defender la fe en la metrópoli de la civilización griega. Y si de Alejandría te trasladas á Atenas, observarás que todavía brilla el esplendor secular de la gran metrópoli; templos paganos y cristianos se elevan dentro de sus muros, y la juventud, lo mismo la pagana que la cristiana, acude á las aulas donde explican sus grandes maestros. Entre éstos se encuentra Juliano, que después había de ser emperador y apóstata; en medio de aquella juventud, representada por todos los países y por todas las creencias, obsérvanse dos jóvenes amigos inseparables, que en medio de los peligros de la gran ciudad permanecen puros, y se distinguen entre los otros por su aplicación y por su elocuencia: son los que más tarde se llamaron San Basilio (331—379), obispo de Cesarea, y San Gregorio Nacianceno (320—390). Según refiere San Basilio hablando de sí mismo, sus talentos, su ciencia y su elocuencia, debían ponerse al servicio de la fe que desde su juventud había conservado inalterable (1); pero no se siente todavía suficientemente preparado. Diríjese á Egipto para pasar algún tiempo haciendo vida solitaria entre los anacoretas del desierto, y allí fué donde, según él mismo escribe á un amigo, su espíritu despertó como de un profundo sueño, y pudo contemplar el evangelio en toda su luz. Vuelto á su patria, fué el fundador de la vida cenóbica en Oriente, de aquellos monasterios donde la soledad es solamente interrumpida por el estudio y las obras manuales. Desde aquí escribió á su amigo San Gregorio de Nacianzo, invitándole á dejar el mundo y venir á gustar las dulzuras de

(1) Epist. CCXVIII c. 2 sqq.; CCIV c. 6; CCLI c. 4.

la soledad. «He regresado al Ponto, le dice, en busca de un género de vida como yo la deseaba, y Dios me la ha proporcionado.» Allí le fué á buscar su amigo San Gregorio, y unidos los dos en fraternal y amistoso lazo pasaban los días en la oración, el estudio y el trabajo manual. Sólo después de muchos años de preparación, recibió San Basilio las órdenes sagradas de manos del Obispo Eusebio de Cesarea, como lo verificó poco después San Gregorio de manos de su padre.

¿No observas, mi caro amigo, en estos dos capadocios representado el modelo de vida que debe ser norma de la tuya? El deseo de la ciencia te ha conducido á las metrópolis del saber; los encantos y seducciones del vicio no han ejercido influjo alguno sobre tí, y solamente has encontrado placer en la ciencia que desde la cátedra se predicaba. Tal vez en el mismo recinto se encontraba algún compañero que, como en otros tiempos Juliano el Apóstata, había de declarar después la más cruel guerra al catolicismo; pero esto no te ha hecho mal alguno. Precisamente por esta comunidad en los estudios has sido perfectamente preparado, como aquellos grandes Padres, para una lucha en la cual no te será difícil vencer á los enemigos de la fe. Pues éstos no habrán aprendido ni estudiado más que tú, sino quizá mucho menos que tú; mientras que tú, á tu vez, has conocido las falacias de la seudociencia y por lo mismo te has preparado para hacerte invulnerable contra las flechas envenenadas de la mentira. Tal vez había entre tus maestros algunos cuya palabra escuchabas con entusiasmo, aunque eran extraños al cristianismo, como Basilio y Gregorio escuchaban atentos las enseñanzas del famoso Libanio, enemigo del cristianismo. Lo que de tales maestros aprendiste, también habrá de servir á la verdad; á cuya enseñanza y defensa piensas consagrar tu vida. Mas con todo esto no creas terminada tu preparación. San Juan Crisóstomo (344—407) recuerda en uno de sus escritos aquellos días de su juventud cuando en compañía de los

dos capadocios asistía á las explicaciones de Libanio (1), al que atribuye no pequeña parte de su ciencia y elocuencia, como á su vez el mismo Libanio le alaba á él como al solo digno de sostener y continuar el honor de su escuela. Pero Crisóstomo pensaba en una gloria más alta que la de un retórico. De regreso á su patria, Antioquía, bien pronto concibió el proyecto de consagrar sus talentos y su vida á la defensa del Dios de los cristianos, haciéndose bautizar y siendo poco después elegido lector de la Iglesia de su ciudad natal. Deseoso de prepararse mejor para su santa vocación, quiere abandonar su casa y sepultarse en la soledad, y solamente las lágrimas de su madre, la viuda Antusa, pudieron impedirle algún tiempo la realización de su proyecto. Mas poco después, cuando ya su nombre era conocido y el pueblo quería elevarle á la silla episcopal, huyó precipitado á esconderse entre las ásperas montañas de Antioquía, entre las que vivió seis años, los dos últimos en un lóbrega caverna, donde escribió su admirable libro «De sacerdotio». Una prueba más de que la soledad es la madre de los grandes pensamientos, y que éstos son los que hacen á los grandes oradores.

De San Agustín refiere su biógrafo Posidio, que pasó cerca de tres años en una región solitaria de África en compañía de algunos amigos, alejado completamente del tumulto del mundo, consagrado únicamente á Dios mediante una vida de ayunos y penitencias (2) y en la meditación de la ley de Dios, y aconsejando á hacer lo mismo á todos aquellos que al estado sacerdotal deseaban consagrarse (3). San Jerónimo quiere que preceda siempre al sacerdocio una larga preparación, (4) y reprueba á los que él llama «momentáneos sacerdotes».

(1) De sacerdot. I, 1. (2) Vita August. c. 2 sp. (3) L. c. c. 5. Cf. c. II.

(4) Ep. LXIX, ad Ocean., c. 4: «Ignorat momentaneus sacerdos humilitatem et mansuetudinem rusticorum; ignorat blanditias christianas, nescit se ipsum contemnere, de dignitate transfertur in dignitatem.... De cathedra quodammodo ducitur ad cathedram, id est, de superbia ad superbiam. Iudicium autem et ruina diaboli, nulli dubium, quin arrogantia sit. Incidunt in eam qui in puncto horae, necdum discipuli, magistri sunt.»

Por los ejemplos que te he citado, puedes convencerte, mi caro amigo, de que, en sentir de los Padres de la Iglesia, la soledad constituye la mejor preparación para el sacerdocio. Lo mismo que aquellos que te he citado, hicieron y enseñaron San Jerónimo, San Epifanio, San Efrén y otros muchos; y la misma Iglesia ha llegado, en fin, á hacer de esto una ley necesaria é indispensable para la formación y educación de sus futuros sacerdotes. Mas ¿qué clase de soledad es al que la Iglesia exige? Es de notar, ante todo, que la palabra «soledad» envuelve un concepto puramente negativo, y que por lo tanto no puede, por sí sola, constituir la educación del sacerdote. También el misántropo es, en cierto sentido, un solitario, pues se separa voluntariamente del comercio de los hombres. El mismo San Basilio no dejó de advertir los peligros de esta especie de soledad, y el santo había tenido buena ocasión de reconocerlos en varios de los solitarios del desierto. Según él la soledad inclina fácilmente al egoísmo y á la vanidad; no ejercita la paciencia ni ofrece ocasiones para poder cumplir el gran precepto del amor para con nuestros prójimos (1). No es el apartamiento del mundo lo que nos hace mejores, como no son los altos muros que rodean nuestra estancia é impiden todo acceso á los hombres, lo que puede curar á nuestra alma enferma. Por un efecto curioso, aunque fisiológicamente explicable, precisamente en la soledad es donde más se excita la fantasía presentándonos las imágenes del mundo con los más vivos colores y ejerciendo sobre nosotros un efecto tanto más seductor, cuanto que, por lo mismo que son puras creaciones de la imaginación, ésta las adorna con todas las apariencias del más refinado deleite. El gran Padre da la Iglesia San Jerónimo, experimentó bien penosamente esta persecución de la imaginación en el mismo desierto de la Cálceda, cuyas dulzuras, por otra

(1) Regul. fus. tract., interrog. 7: Πρὸς πολλὰ χρησιμωτέρην καταμνηθῆναι τὴν ἐπὶ τὸ αὐτὸ τῶν ρλειόνων διαγωγὴν. Y prosigue desarrollando elocuentemente los principios que hemos indicado.